

ÁNGEL GANIVET ANTE ESPAÑA Y AMÉRICA

JAIME DELGADO MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

La Historia , como es sabido, se hace siempre desde el presente ya que el conocimiento histórico lo es de algo que ha pasado, aunque tenga una pervivencia virtual. De ahí, el que no falte quien opine que es imposible conocer los hechos pretéritos con absoluta objetividad, porque los encargados de analizarlos y exponerlos se hallan siempre sometidos a las limitaciones representadas por su formación y su ambiente. Por eso, el único modo de aproximarse a la verdadera realidad de los acontecimientos pasados consiste en conectarlos entre sí causalmente y en procurar seguir, como decía Ranke, la vena espiritual de las cosas. Pese a ello, siempre quedará un margen de error o desfiguración que permite afirmar que la visión del pasado no es permanentemente válida ni inmutable, sino que cambia con una fluidez casi semejante a la que caracteriza a las acciones humanas. Así, nuestra visión actual del mundo griego, por ejemplo, no es la misma que la que tuvieron los hombres del renacimiento ni la valoración de éste por nosotros coincide plenamente con la de los ilustrados del siglo XVIII.

No es la Historia, por tanto, una fotografía del pasado, sino una reconstrucción de éste con arreglo a las ideas y conocimientos del historiador, que son las ideas y los conocimientos de su época, en tanto en cuanto aquél haya influido sobre ésta. En realidad, según eso, la consideración de un acontecimiento pasado es muy semejante, en definitiva, a una valoración. Eso es, en rigor, conmemorar, pues se hace memoria de la persona o cosa conmemorada, no por la mera contemplación del pretérito ni por el recreo o enojo que ella produzca, sino por averiguar en qué medida, positiva o negativa, puede lo que se recuerda ayudar a vivir el presente y proyectar el porvenir. En 1965 se conmemoró el centenario del nacimiento de Ángel Ganivet, y la pregunta de entonces indagaba acerca del significado del pensador y su pensamiento para los hombres de aquel año. ¿Y para los de 1992, veintisiete años después, qué representa Ganivet? Y como la vastedad de la pregunta implica una respuesta que sobrepasa en mucho los límites previamente marcados a este ensayo, forzoso es res-

tringir la interrogación y reducir su ámbito para indagar tan sólo el valor de Ganivet para los españoles actuales y, más reducidamente todavía, el valor actual de una de las obras más representativas del escritor granadino, *Idearium español*, y la visión que su autor tuvo acerca de América y de la obra allí realizada por los españoles.

Pero si queremos saber la valoración más aproximada que esta obra tiene hoy para nosotros -para mí, al menos-, es inevitable conocer lo mejor posible su conformación, figura y materia. Se me permitirá, por tanto, hacer la imprescindible referencia de dicha obra. ¿Qué es *Idearium español*?

La obra empieza con una confesión de su autor, quien manifiesta que al ver el apasionamiento con que España ha defendido el dogma de la Inmaculada Concepción, pensó si dicho dogma tenía algún "misterio" que "se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional" . si era el símbolo de la vida española, "en la que, tras larga y penosa labor de maternidad, venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen". Con otras palabras: si el espíritu de España se había mantenido ajeno a su obra ¹.

Ganivet considera después lo que llama la "constitución ideal de España", en la que advierte que el "elemento moral y, en cierto modo, religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo", pero "no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epícteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca". Para Ganivet, "es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral, y aun en el derecho consuetudinario de España . en el arte y en la ciencia vulgar, en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás" Y añade inmediatamente después: "Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influido en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates y Galeno. España sola sobrepuja a todas las naciones juntas, por el número y excelencias de sus sangradores [...]. Y jamás en la historia de la Humanidad se dio un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando a muchos a la fosa, es cierto, pero purgando a los demás de sus excesos sanguíneos, a fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma".

El senequismo está, además, presente en el plano más profundo del hombre, que es el plano religioso. La moral cristiana se propagó al mismo tiempo que la filosofía gentílica cristianizada, y el punto de unión, de conjunción o injerto de ambas fue la moral estoica. "Así -escribe Ganivet-, en España, donde era el

asiento del estoicismo más lógico, no del más perfecto, del más humano, el senequismo se mezcla con el Evangelio de tal suerte, que de nuestro Séneca, si no puede decirse en rigor que 'huele a santo', sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un doctor de la Iglesia". Los filósofos cristianos, que "seguían viviendo con la sangre heredada de sus padres gentiles", en vez de hacer un "esfuerzo creador" para propagar el cristianismo, encontraron más fácil el concordar con la nueva religión las enseñanzas de la escuela helénica, y eligieron para ello a Platón y a Aristóteles. Esta evolución no fue igual en todas las zonas del imperio romano, y de éstas "España fue la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original".

Por eso fue el pueblo hispanorromano quién encarnó el cristianismo, y no los bárbaros, contra lo que afirmaban generalmente algunos historiadores de hace un siglo. Los bárbaros eran ajenos, según Ganivet, al espíritu del cristianismo y sólo llevaron a cabo una acción material de disolución política. El escritor granadino es terminante a este respecto: "la exaltación de la Iglesia española durante la dominación visigótica es obra de los bárbaros, pero no es obra de su voluntad, sino de su impotencia, incapaces para gobernar a un pueblo más culto, se resignaron a conservar la apariencia del poder, dejando el poder efectivo en manos más hábiles. De suerte que el principal papel que en este punto desempeñaron los visigodos fue no desempeñar ninguno y dar con ello, involuntariamente, ocasión para que la Iglesia se apoderara de los principales resortes de la política y fundase de hecho el estado religioso, que aún subsiste en nuestra patria, de donde se originó la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía". Sin embargo, "el poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fue en el período gótico la causa de la disolución nacional, porque con los godos era sólo una cabeza, servida por brazos torpes y debilitados, mientras que en la Reconquista fue cabeza y brazo a la vez". De ahí el que, si es cierto que en el "período visigótico" la religión adquiere un gran poder social, se muestra "demasiado aparatosa y solemne". A su vez, "el sentimiento religioso no se hace más profundo ni más enérgico, la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio, y la generalización de la cultura sólo da un resultado que pudiera decirse cuantitativo y, por tanto, sin relieve".

Como se habrá observado, Ganivet no tuvo nunca gran admiración a la obra realizada por los visigodos en España y tampoco a la filosofía escolástica. Ganivet fue siempre, en efecto, más agustiniano que tomista, y así lo confiesa paladinamente en su obra. Para él, Santo Tomás de Aquino "no es ningún Aristóteles, tiene la traza aristotélica, pero no es un Aristóteles, su filosofía es sabia, prudente, previsora y aun precavida, contiene una legislación minuciosa,

utilísima para la vida ordenada de la iglesia, pero es obra 'femenina', carece del arranque viril que marca la verdadera creación". E insiste: "La filosofía escolástica no es sólo cristianismo, hay en ella filosofía tomada de muchos autores, es vino muy aguado que se ha echado a perder, que se ha torcido, porque torcerse las ideas es que pierdan su acción e influjo en la vida de los hombres". En cambio, la valoración del Obispo de Hipona es positiva: "¿Cuánto más vigorosa no es la figura de San Agustín, que, sin pretender edificar una enciclopedia filosófica, funda la Ciudad ideal, no como organismo huero de sociólogo a la moderna, sino como algo real que funciona, que vive?".

En cualquier caso, la relativa originalidad del catolicismo español -recuérdese que solamente "en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original"- procede de la influencia árabe, ejercida durante tanto tiempo sobre lo español y con tanta hondura en algunos casos, que con lo español llegó a fundirse para constituir uno de sus elementos integrantes. "La creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso -escribe Ganivet- arranca de la invasión árabe. El espíritu español no enmudece, como algunos piensan, para dejar el campo libre a la acción, lo que hace es hablar por medio de la acción [...]. Mientras en las escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles y a veces ridículas, en nuestro país se transforma en guerra permanente, y como la verdad no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra *Summa* teológica y filosófica está en nuestro Romancero". Como este modo de expresión era producto del choque de dos fuerzas, "tenía que ser el reflejo de ambas". Así, "los españoles, al celebrar sus hazañas, lo hacían con espíritu cristiano, pues que con él y por él combatían, pero el ropaje de sus conceptos era en gran parte ajustado a la usanza mora". y de este modo, "de esa poesía popular, cristiana y arábica a la vez, arábica sin que lo arábigo desvirtúe lo cristiano, antes dándoles más brillante entonación, nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fue la exaltación poética, y el fanatismo, que fue la exaltación de la acción. El misticismo fue como una santificación de la sexualidad africana, y el fanatismo fue una reversión contra nosotros mismo, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate".

No puede sorprender, en consecuencia, que España se halle íntimamente unida o fundida con su ideal religioso ni tampoco que Ganivet afirme que "por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en 'descatolizarla', no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación". Estas palabras, dichas por un hombre que no creyó nunca "en ninguna religión positiva" y cuyos sentimientos religiosos "se reducen -según confesión propia- a un misticismo puramente personal", tienen doble valor y demuestran hasta qué punto

el escritor granadino se propuso siempre ser objetivo. Por ello, es justo también subrayar su posición de imparcialidad cuando escribe que "después de varios siglos de silencio, se ha tomado miedo a la voz humana, y se carece de tacto para apreciar las palabras por su valor, no por el ruido que mueven y apenas se da alguna libertad a los espíritus díscolos e indisciplinados, sobreviene una grandísima inquietud, no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen a quien les escucha. Acostumbrados a conservar la unidad de la doctrina por medio de la fuerza, duele ahora pelear para conservarla mediante el esfuerzo intelectual, como si no fuera cierto, que la fuerza destruye, a la vez que las opiniones disidentes, la fe misma que se pretende defender".

Ganivet ataca, por tanto, no la unidad de la fe ni la identificación de España con el catolicismo, sino exactamente el método empleado para defender esa unidad y esa identificación, método que él sintetiza en el solo uso de la fuerza. "La flaqueza del catolicismo no está, como se cree, en el rigor de sus dogmas, está en el embotamiento que produjo a algunas naciones, principalmente a España, el empleo sistemático de la fuerza".

No apunta, pues, el pensamiento ganivetiano del *Idearium* a atacar la unidad religiosa de España, sino que se dirige a demostrar que dicha unidad no tiene que ser impuesta ni defendida por la coacción ni por la fuerza, y que el propio catolicismo se vería fortificado incluso con la existencia de otras doctrinas, pues éstas carecerían de fuerza para, no ya destruirlo, pero ni molestarlo, y le prestarían el refuerzo que significaría la posibilidad de contrastarlo con ellas. Así se desprende con absoluta claridad de las palabras de Ganivet, a quien es intolerablemente injusto hacer decir, mediante frases cortadas y separadas de su contexto, lo contrario de lo que dijo o, simplemente, lo que no dijo nunca. Véanse, en prueba de ello, estos textos: "Sería, pues, muy fecundo y en ninguna manera peligroso romper la unidad filosófica. El espíritu español ha sido sometido a las más formidables presiones que hayan sido inventadas por el exclusivismo más fanático, y ese espíritu en vez de rebelarse, ha reconocido ser él mismo el juez y el criminal, la víctima y el verdugo, y ha llegado, por espontáneo esfuerzo, mucho más allá de donde debía llegar por la coacción". Y tras recordar que está escrita la *Historia de los heterodoxos españoles* por Menéndez y Pelayo, "un español —afirma Ganivet— de criterio tan amplio y generoso que hubiera sido capaz de hacer justicia hasta a los herejes más empedernidos", añade lo que sigue, copiado literalmente: "Pero no haya temor, en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido ser hereje, ha perdido el tiempo, porque nadie le ha hecho caso. Si en muchos asuntos de la vida el hombre ha menester del concurso de la sociedad, en las sectas es de tal punto decisivo, que la importancia de una disidencia religiosa, más que por el fondo doctrinal, se mide por el número de sus adeptos".

Por si esto no fuera suficiente, todavía Ganivet insiste en ello y afirma, ampliando su idea, que son absolutamente falsas las pretendidas superioridad cultural y mayor prosperidad de los países protestantes, pues Bélgica, país católico, es "una nación tan adelantada como la que más en todos esos órdenes de cosas en que hoy se hace consistir la civilización". Lo que ocurre es que en Bélgica coexisten con la católica otras confesiones y algunas organizaciones fuertemente anticatólicas, que obligan a los católicos a "estar atentos y vigilantes" y a luchar "con tanto ardor como en los tiempos del duque de Alba".

Recuérdese otra vez: la flaqueza del catolicismo no está en sus dogmas, sino en el embotamiento que produce el empleo de la fuerza para mantenerlo y defenderlo. Por lo demás, el catolicismo es fuerte y, en cualquier caso, debe ser mantenido en España. Sin falseamientos, el criterio ganivetiano sigue siendo clarísimo y no se presta a interpretaciones. Leamos: "Cuanto en España se construya con carácter nacional debe estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de nuestros vencedores. Mas, por lo mismo que esto es tan evidente, no debe inspirar temor ninguno la libertad. Hoy no puede haber ya herejías, porque el exceso de publicidad, aumentando el poder de difusión de las ideas, va quitándoles la intensidad y el calor necesarios para que se graben con vigor y den vida a las verdaderas sectas. Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable: pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público o un empleo retribuido. y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensa un servicio útil a la nación: el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecida y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias: no se las puede comer a todo pasto. pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer a España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizás se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles. pero no siendo esto posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa, y tolerarlos, y hasta si es preciso pagarlos".

No puede estar más claro. Será, años después, la doctrina cristiana del *oportet heresse esse*. También podría recordarse el lema del propio d'Ors: "lo que no es tradición es plagio". En cualquier caso, la tradición manda, y manda hasta tal punto, que abandonarla sería "afrenta" y "humillación". Urge, pues, el fortalecimiento espiritual de España, al cual hay que sacrificar todo lo que haga falta para no añadir a la ruina la traición. En este punto, el pensamiento de Ganivet, tan nítido como en todo, acude a un símil que, sin él quererlo, le resultaría, en

cierto modo, profético. El autor del *Idearium* recuerda, en efecto, una lectura infantil de un suceso ocurrido en un país nórdico a un hombre que iba con sus cinco hijos en un trineo y se vio atacado de pronto por los lobos. Siendo ya desesperada su situación, aquel padre cogió al menor de sus hijos, lo arrojó a las fieras y logró salvarse con los otros cuatro mientras los lobos se disputaban a su víctima. Inmediatamente después, Ganivet escribe textualmente lo que sigue: "España debe hacer como aquel padre salvaje y amantísimo que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar a su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal, pero, en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".

No hay en las palabras transcritas nada, como se ve, que autorice a pensar —y menos a decir— que el escritor granadino alude aquí a un millón de heterodoxos, simplemente porque ya no se refiere al problema de la unidad religiosa y de la libertad para asegurarla. Alude, y lo hace concretamente, a la "ruina espiritual de España" y habla con claridad, sin metáfora alguna, de llevar a la muerte a un millón de españoles, como a la muerte física, y no a la heterodoxia, llevaron sus respectivos padres al hijo echado a los lobos y al dejado en manos del infante traidor, a quien se arrojó el cuchillo paterno para que con éste consumara el sacrificio. En ambos casos, el holocausto se hace para lograr la salvación: de los otros cuatro hijos en el cuento nórdico de Tarifa y sus habitantes, en el episodio de Guzmán el Bueno. Así, pues, el párrafo ganivetiano podrá ser o no una profecía de lo acontecido en España entre 1936 y 1939. Pero de lo que no cabe duda es de la falta de seriedad, de objetividad y de honestidad informativa de quienes retuercen, con otras interpretaciones, no sólo la idea, sino además las meras palabras de Ganivet. Comentaristas así serían, en realidad, los únicos heterodoxos.

Ganivet fija después su atención en el problema de psicología colectiva que constituye el definir la personalidad de una nación. Es lo que él llama el "espíritu territorial". "Cuando se estudia —escribe nuestro autor— la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica, hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el número irreducible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisonomía de ese país. Y, como siempre que se profundiza, se va a dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el "espíritu territorial". Este "espíritu territorial" es lo más hondo de una nación, más hondo que la religión, pues ésta puede cambiar, mientras que el "espíritu territorial", subsiste, ya que los cambios geológicos son rarísimos. Es, pues, el "espíritu territorial" el "espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros".

Hay, así, al igual que continentes, penínsulas e islas, espíritus continentales, peninsulares e insulares. Lo característico de los primeros es la resistencia, lo de los segundos es la independencia, y lo de los terceros, la agresión. El peninsular conoce "cuál es el punto débil de su territorio, porque por él ha visto entrar siempre a los invasores, pero como su espíritu de resistencia y previsión no ha podido tomar cuerpo por falta de relaciones constantes con otras razas, se deja invadir fácilmente, lucha en su propia casa por su independencia y, si es vencido, se amalgama con sus vencedores con mayor facilidad que los continentales". En el caso concreto de España, Ganivet afirma que, "considerándonos casi aislados, por lo mismo que somos una casi isla, concentramos nuestro pensamiento en el punto por donde puede venir el ataque, y de esta concentración nace el espíritu de independencia, somos casi independientes y queremos serlo del todo".

España es, en rigor, "la Península", porque "no hay península que se acerque más a ser isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla, no impiden las invasiones, pero nos aíslan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. En realidad, nosotros nos hemos creído que somos insulares y quizá este error explique muchas anomalías de nuestra historia. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes, y si para la vida real no existe istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho, somos una 'casa con dos puertas' y, por tanto, 'mala de guardar', y como nuestro partido constante fue dejarlas abiertas, por temor de que las fuerzas dedicadas a vigilarlas se volvieran contra nosotros mismos, nuestro país se convirtió en una especie de parque internacional, donde todos los pueblos y razas han venido a distraerse [...]; nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia".

De ahí, de ese error de considerarnos isla procede la agresividad española, que es sólo una transformación del espíritu de independencia. ¿Cómo pudo realizarse este cambio? La larga, "excesiva" duración del poder árabe lo explica. "La existencia de la dominación arábigohispana en su largo período de descenso está principalmente sostenida por los celos de nuestras regiones. Se desea acabar la Reconquista, pero se teme lo que va a venir después, se trabaja por el triunfo del cristianismo, pero no se descuida otro punto importante: conservar la independencia de los diferentes pedazos del territorio y los privilegios forales".

En esta situación, pronto se vio que Castilla "echaba sobre sí la mayor parte de la obra de la Reconquista, y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de nuestro espíritu territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes en España". Así, Portugal se transforma en nación marítima y se dirige al continente africano, y Aragón, Cataluña y

Valencia encuentran apoyo en el Mediterráneo y en Italia. De este modo, "nace el espíritu conquistador español, que se distingue del de los demás pueblos en que, mientras todos conquistan cuando tienen exceso de fuerzas, España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas".

No hay, pues, verdadera agresividad, sino transformación del espíritu de independencia. Para Ganivet, el único conato de verdadera agresión que aparece en la historia de España es el envío de la Armada Invencible contra Inglaterra, e incluso en este caso Ganivet se apresura a aclarar que ésta no fue empresa exclusivamente española.

Castilla, por su parte, tenía la tendencia natural de proseguir en África la lucha contra el poder musulmán, porque en Castilla "el espíritu conquistador nace de la rivalidad, apoyado por la religión". Pero se interpuso Cristóbal Colón, y "las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron a América". Según Ganivet, "la organización política dada a la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual que diese a las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fue iniciada con brillantez, porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse. pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza, y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento el Nuevo Mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosaicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el Oro, no por el oro ganado en la industria y comercio, sino por el oro puro, en pepitas".

Nos sale al paso, de este modo, la interpretación ganivetiana de la acción española en América, que parte de la distinción entre "espíritu guerrero" y "espíritu militar", que suelen confundirse y emplearse indistintamente, aunque son absolutamente opuestos entre sí. Para Ganivet "España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar", en definitiva, "un pueblo que lucha sin organización". Por eso, los conquistadores españoles de América, continuando el ejemplo secular de las acciones bélicas peninsulares, fueron, en cuanto hombres de armas, "legítimos guerrilleros". De ahí el que la organizada Europa no acertara nunca a comprender la personalidad de nuestros conquistadores y les equiparase a bandoleros. Tal falta de comprensión halla su origen en el distinto sentido y el diferente planteamiento de las acciones exteriores europea y española, pues mientras aquélla estaba apoyada en un espíritu militar regular, en el comercio y en toda

una organización, la acción española se basaba en otro espíritu, que Ganivet identifica con el verdadero espíritu conquistador, ya que, según él, "no son conquistadores quienes sirven un breve período de tiempo en una colonia por obtener riquezas u honores, sino quienes conquistan por necesidad espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente". Por la misma razón, el escritor granadino considera tan conquistadores como Cortés o Pizarro a Cervantes y a San Ignacio de Loyola.

La interpretación de Ganivet sobre la acción española en América será objeto de mi atención en seguida. Pero antes debo hacer una referencia, siquiera rápida, a dos temas ganivetianos de gran interés: el de la necesidad de una organización auténtica y auténticamente nacional, y el del desprecio que el autor granadino sentía por la ciencia experimental y práctica.

Acaba de verse que la acción española en América procedió, según Ganivet, del espíritu guerrero español, es decir, de la falta de una verdadera organización estatal y nacional que sirviera de cohesiva y coherente retaguardia a esa acción. Para remediar este mal, era inconveniente la pretensión de constituir en España un ejército igual a los europeos, ya que el espíritu territorial español reclamaba la constitución de un "ejército peninsular". La diferencia entre uno y otro aparece expresada en Ganivet con estas palabras: "El soldado continental comprende la solidaridad y se siente más valiente y animoso cuando sabe que con él van contra el enemigo uno o dos millones, si es posible, de compañeros de armas. El soldado peninsular se encoje y se aflige y como que se ahoga cuando se ve anulado en una gran masa de tropas, porque adivina que no va a obrar allí humanamente, sino como un aparato mecánico. El número da al uno fuerzas y al otro se las quita. En cambio, si sobreviene un desastre a cualquiera de los grandes ejércitos de Europa, la desmoralización es casi instantánea, porque la fuerza principal no estaba dentro de los soldados, sino en la cohesión que se rompe y en la confianza que desaparece, y un ejército español renace una y cien veces como un fénix, porque su fuerza constitutiva era el espíritu del soldado y ese espíritu no cuesta nada, lo da gratuitamente la tierra".

Este problema concreto sale al paso, a juicio de Ganivet, en todos los aspectos, y puede formularse mediante esta pregunta: "¿Es mejor vivir como hasta ahora hemos vivido, ayer cargados de gloria, hoy hundidos y postrados, mañana de nuevo en la prosperidad y siempre organizados al modo bohemio, o conviene romper definitivamente con las malas tradiciones, convertirnos en nación a la moderna muy bien ordenada y equilibrada?". La respuesta de Ganivet es clara: "Ni esto ni aquello. No debemos cruzarnos de brazos y dejar que hasta lo que es virtud se transforme en causa de menosprecio y de escarnio. Hay que tener una organización, y para que ésta no sea de puro artificio, para que cuaje y se afirme,

ha de acomodarse a nuestra constitución natural". Y agrega, para remachar el clavo: "Hay que prescindir de organizaciones artificiales, imitadas de los triunfadores del día o de la víspera, y atenerse a lo que las necesidades propias exigen, sin fijarse en lo que hagan los demás. La imitación del extraño tiene que concretarse a los detalles, a todo aquello que sea progreso efectivo y encaje bien dentro de la concepción nacional, pues a veces lo que en otro país es cuestión de primer orden, en el nuestro es menos que de segundo o tercero, y lo que es útil, inútil y hasta perjudicial, por falta de concordia con lo esencial de nuestra organización".

Este párrafo puede servir, como tantos otros, para expresar con suficiente claridad la posición objetiva y equilibrada de Ganivet, posición que le llevará a lo que no dudo en llamar un intento de reconstrucción de la jerarquía de los valores, en la cual la ciencia experimental y práctica quede subordinada al espíritu y a las ideas, en las que el escritor granadino tuvo siempre una honda y firme fe.

Debe afirmarse, en ese sentido, que Ganivet sentía un cierto desprecio por la ciencia experimental y práctica. El granadino cuenta, a este respecto, que un día fue al museo de Pintura de Amberes, y cuando estaba contemplando *La cena*, de Jordaens, llegó su criada y le entregó la chapita que en los museos dan al guardar bastones y paraguas. Sucedió que él había salido de casas con buen tiempo, pero después había empezado a llover, y la criada le llevó el paraguas para que no se mojara. Mas cuando el visitante salió del museo, lucía el sol otra vez, por lo cual pensó que en aquella anécdota él había representado "la fuerza perenne de ideal que está en nosotros" y su criada había ejercido de "ciencia experimental y práctica". Y añade Ganivet: "Yo aplaudo a los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X. a todos se les deben agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecía a mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dio para llevarme el paraguas. pero digo también que, cuando acierto a levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada".

Frente a lo que dice Miguel Olmedo, tales afirmaciones no se deben a un acto de cinismo, sino a la convicción de un pensador que ya advertía la grave alteración que la técnica estaba produciendo en la jerarquía de los valores y que salía contra ese abuso colocando el espíritu, las ideas, en el lugar de primacía que, a su juicio, les correspondía. Ello expresaba la honda y firme fe de Ganivet en las ideas, es decir, en el meollo de las cosas. De ahí su pregunta y su respuesta: "¿Por qué ha de tener en el mundo, y ahora más que nunca, tan gran predicadamente la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas".

No tuvo Ganivet ese temor a la hora de conocer el fondo de la acción española en América. La verdad es que dedicó a este tema pocas páginas; muchas menos, sin duda, de las que hoy deseamos haber tenido para saber cumplidamente la extensión y la profundidad de su pensamiento acerca de tan interesante cuestión. Sin embargo, algo de ello se puede indagar en lo que dejó escrito. Trataré, en primer término, el tema de la intención profunda de la conquista y la colonización. ¿Fue espiritual o alicortamente material?

Encuentro la primera respuesta a esa pregunta en el "Sueño de Pío Cid", en el que Ganivet concluye su libro *La conquista del Reino de Maya*. En tal sueño, el personaje ganivetiano encuentra a Hernán Cortés en uno de los patios del monasterio de El Escorial, y el fundador de Nueva España le dice esto: "No he querido pasar por estos lugares sin estrechar tu mano en prueba de amistad, y sin aconsejarte que des a luz la historia de tus descubrimientos y conquistas, de la que nuestra pobre patria está hoy en gran manera necesitada". Ante las humildes explicaciones de Pío Cid, que alegaba la inutilidad de escribir sus Memorias, Cortés replica: "Los más descollados conquistadores necesitaron de auxiliares, pocos o muchos, pero algunos, para acometer sus empresas, en tanto que tú fuiste solo y solo terminaste la pacífica conquista de muchas tierras y de muchas y varias gentes, y aun te bastaste para fundar un numeroso plantel dinástico, que durante muchos siglos prolongará tu dominación". Y como el conquistador del reino de Maya arguyó la falta de provecho de sus hazañas, Hernán Cortés afirma: "Y ¿en qué libro está escrito que las conquistas deban producir provecho a los conquistadores? ¿Qué utilidad trajeron a España las grandes y gloriosas conquistas de todos conocidas y celebradas? Ellas se llevaron nuestra sangre y nuestra vida a cambio de humo de gloria. ¿Qué significa ni qué vale un siglo, dos o cuatro de dominación real, si al cabo todo se desvanece, y el más poderoso y el más noble viene a quedar el más abatido y el más calumniado? Quizá nuestra patria hubiera sido más dichosa si, reservándose la pura gloria de sus heroicas empresas, hubiera dejado a otras gentes más prácticas la misión de poblar las tierras descubiertas y conquistadas y el cuidado de todos los bajos menesteres de la colonización [...]. Los grandes pueblos y los grandes hombres, pobres han sido, son y serán; y las empresas más grandiosas son aquellas en que no interviene el dinero, en que los gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón". Y como Pío Cid manifestara su entusiasmo "más con las glorias sin provecho que con los provechos sin gloria" y dijera que sus "aventuras no sólo han sido inútiles, sino que no aumentarán en un adarme la gloria de nuestra gloriosísima nación", Cortés concluye así lo esencial de su intervención: "Conquistar, colonizar, civilizar, no es, pues, otra cosa que infundir el amor al esfuerzo que dignifica al hombre arrancándole del estado de ignorante quietud en que viviría eternamente. Yo veo pueblos que adquieren tierras,

y destruyen razas, y establecen industrias, y explotan hombres . pero no veo ya conquistadores desinteresados y colonizadores verdaderos".

Esta última frase constituía una alusión -entonces clara- a la acción de alemanes, británicos y franceses en África. Ganivet -como es claro- contraponía aquélla a la realizada por España en América, la cual había tenido una significación y un sentido diferentes. Así, para empezar la acción americana de España empezó siendo -según Ganivet- casual y acabó en la inutilidad material, e incluso realizase sin el conocimiento ni, por tanto, el apoyo consciente del pueblo español. Ganivet lo afirma así en estos párrafos de *El porvenir de España*: "Nosotros descubrimos y conquistamos por casualidad, con carabelas inventadas por los portugueses, llevando por hélice la fe y por caldera de vapor el viento que soplabá. Y al cabo de cuatro siglos nos hallamos con que en nuestros barcos no hay fe ni velas donde empuje el viento, sino maquinarias que casi siempre están inservibles. La invención del vapor fue un golpe mortal para nuestro poder. Hasta hace poco ni sabíamos construir un buque de guerra, y hasta hace poquísimo nuestros maquinistas eran extranjeros. Al fin hemos vencido estas dificultades . pero tropezamos con otra: los buques necesitan combustible, y nosotros somos incapaces de concebir una estación de carbón. No tenemos alma, aunque se dice que somos desalmados, para incomodar a nadie metiéndole en su casa una carbonera, como hacen los ingleses, por ejemplo, en jibraltar" . Así, pues, "cuando perdamos nuestros dominios, se nos podrá decir: aquí vinieron ustedes a evangelizar y a cometer desafueros . pero no se nos dirá: aquí venían ustedes a tomar carbón. Demos por vencida también la falta de estaciones propias para nuestros buques, y aún faltará algo importantísimo: dinero para costear las escuadras, el cual ha de ganarse explotando esas colonias que se trata de defender".

Es claro que Ganivet se refería a las últimas provincias ultramarinas de España. Pero pocas líneas después, el gran escritor granadino amplía y, a la vez, concreta el concepto a la colonización española en América, la cual careció, según él, del respaldo popular. "Nuestra colonización -leo en Ganivet- ha sido casi novelesca. La mayoría de la nación ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios le ha ocurrido como a Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la insula Barataria, ni por dónde se iba a ella, ni por dónde se venía, lo cual no le impidió dictar preceptos notables que, si los hubieran cumplido, hubieran dejado tamañitas a nuestras famosas Leyes de Indias, a las que tampoco se dio el debido cumplimiento, por lo mismo que eran demasiado buenas. Pero nadie nos quita el gusto de haberlas dado, para demostrar al mundo que, si no supimos gobernar, no fue por falta de leyes, sino porque nuestros gobernados fueron torpes y desagradecidos".

Ganivet vuelve sobre ese tema y lo precisa y aun él mismo se ratifica y, a veces, se rectifica. Aunque la cita es larga, me parece imprescindible por esclarecedora. "Dice usted, amigo Unamuno —escribe Ganivet—, que España fue a América a buscar oro, y yo digo que irían a buscar oro los españoles —y no todos—, pero que España fue animada por un ideal. Durante la Reconquista se formó en España ese ideal, fundiéndose las aspiraciones del Estado y la Iglesia y tomando cuerpo la fe en la vida política. La fe activa, militante, conquistadora, fue nuestro móvil, la cual creó en breve sus propios instrumentos de acción: ejércitos y armadas, grandes políticos y diplomáticos. todo esto apareció sin saber cómo en una nación oscura y desorganizada, que algunos años antes, en el reinado de Enrique IV, era un semillero de bajas intrigas. No debe confundirse el móvil individual con el de la nación. Una nación desarrolla de ordinario sus intereses en la misma dirección de sus aspiraciones políticas, y los individuos se aprovechan hábilmente de esta circunstancia para servir a la vez a la patria y a su bolsillo particular. ¿Cuál ha sido el móvil de los Estados Unidos al promover la cuestión cubana? Se habla de sindicatos azucareros, emisiones de bonos y mil negocios de baja índole. pero lo cierto es que estos intereses han sido creados, porque responden a una aspiración política más elevada: la de extender la dominación política por toda la América del Sur, utilizando como medio seguro para adquirir prestigio la idea antieuropea, expresada en la doctrina de Monroe. Hace algún tiempo hablaba yo de este asunto con un centroamericano, quien me dijo estas palabras, que muy bien pudieran expresar el sentimiento de la América latina. 'Nosotros vemos el porvenir muy oscuro, porque somos pocos para luchar contra los yanquis. la idea de éstos es buscar un apoyo en las Antillas y otro en el Pacífico, abrir el canal de Nicaragua y crear una línea de intereses comerciales. Todo lo que caiga por encima de esa línea quedará preso en las garras de la Unión'. '¿Y no cree usted que antes que llegue ese día la Unión se deshaga a causa de esos mismo intereses?'. 'Todo pudiera ser. pero mientras tanto, lo cierto es que van adquiriendo casi toda la propiedad de Centroamérica y que por ese camino pueden llegar a ser los amos'. 'Y ¿por qué no buscan ustedes el apoyo de Europa?'. 'Lo haríamos si Europa no tuviera colonias en América, pero mientras las tenga, nos parecería un acto de sumisión acudir a quien sigue siendo nuestro señor. A los americanos les molesta el aire de colonos que todavía tienen, y quieren abatir la supremacía de Europa en América. así, aunque comprendamos el juego de los Estados Unidos, no nos oponemos a él, porque lo hacen en nombre de la dignidad personal de los americanos". Y Ganivet concluye diciéndole a Unamuno: "Por este ejemplo verá usted que aun aquellas naciones que parecen inspiradas por motivos más utilitarios van secretamente impulsadas por ideales sin los que no conseguirán jamás un triunfo duradero. España ha sido vencida como lo sería otra nación,

Inglaterra misma, a pesar de su poder, porque luchaba, no contra una nación, sino contra el espíritu americano, cuya expansión dentro de su órbita natural es inevitable. En cambio, nuestra victoria sería segura, a pesar de la postración aparente en que nos hallamos, si supiéramos dirigir nuestros esfuerzos hacia donde debemos dirigirlos. Hoy, que tanto se inventa en materia de armamentos, no estará de más que inventemos nosotros un cañón de nuevo sistema, al que yo le llamaría el cañón X, cuya fuerza no esté en el calibre, sino en la dirección. un cañón que no dé fuego más que cuando apunte a donde debe apuntar".

Ganivet no dejó dicho con toda claridad cuál era la diana a la que debía apuntar ese metafórico cañón español. Pero sí lo insinúa suficientemente para poder colegirlo de sus palabras. "La idea -escribe- tiene en sí eso que llaman los médicos *vis medicatrix*, fuerza curativa interna, espontánea: herida en un combate, presto se cura, y aun grana fuerzas para empeñar otro mayor, en el que vence. Esta idea, conciencia clara de nuestra vida y perfecta comprensión de nuestros destinos, hemos de buscarla dentro de nosotros, en nuestro suelo, y la hallaremos si la buscamos".

Este idealismo ganivetiano tiene algo que ver con el pensamiento posterior del regeneracionismo, subsiguiente a la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Ganivet no pudo vivir el *Desastre*, pero sí alcanzó el prólogo de éste, porque el problema antillano ya era en su tiempo vital para España. Y lo abordó, si no con extensión, sí con claridad. Así, le dice a Unamuno: "La cuestión cubana ha sido cuestión económica, como usted dice, pero lo que conviene también decir es que en ella no hemos sido tan egoístas como decían los Tirteafueras, que a cada momento nos reconvenían para no dejarnos comer a gusto. España no podía ser mercado para los productos de Cuba, pero le abrió el mercado de los Estados Unidos, ofreciendo a éstos en compensación ventajas que nadie ha querido tomar en cuenta, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver. Era una reciprocidad por carambola, con la que sólo conseguimos pasarle al gato la sardina por las narices. Pusimos la vida económica de Cuba en manos de la Unión, y ésta pudo entonces emplear su sistema de herir solapadamente y condolerse en público de la crisis cubana, del mismo modo que después alimentaba en secreto la insurrección y abiertamente se quejaba de sus estragos. Hemos repetido la prueba de *El curioso impertinente*, con la circunstancia agravante de que el marido curioso del cuento tenía confianza en su mujer y en su amigo, en tanto que nosotros sabíamos que entre ellos mediaba cierta intimidad sospechosa".

El aspecto económico del problema cubano es lo que más preocupaba a Ganivet, hasta el punto de vincular su solución con la suerte futura del pueblo español y de España como nación. "Detrás de la antigua aristocracia -leo en *El porvenir de España* - vino la del progreso. El pueblo que antes pertenecía a un gran señor y era administrado por un mayordomo de manga ancha cayó en las

garras de un usurero y el pueblo inocente, que creía llegada una era de prosperidad, trabaja más y gana más y come lo mismo o menos [...]. Este es el porvenir que le aguarda a nuestra población colonial, que cree cándidamente que han de venir gentes más activas a enriquecerla [...]. La Humanidad, ella sabrá por qué, se ha dedicado a los negocios, y ahí está la causa de nuestra decadencia. Nosotros no tenemos capital para emprenderlos ni gran habilidad tampoco, y si emprendemos alguno nos olvidamos, por falta de espíritu previsor, de apoyarlo bien para que no fracase. Hay en Europa naciones que [se] sostienen artificialmente con los productos que exportan varios millones de habitantes, que el suelo no podría nutrir. en España no llegan quizá a un millón los que viven de la exportación a Ultramar, y esos están hoy amenazados, y tal vez se vean pronto obligados a buscar el pan en la emigración. Hemos podido ingeniarnos para conseguir la independencia económica, impuesta por nuestro carácter territorial, y dejándonos de libros de caballerías, atenernos a nuestro suelo, cuyas fuerzas naturales bastan para sostener una población mayor que la actual". De este modo -según Ganivet-, "se hubiera evitado la guerra, porque esta guerra, que se dice sostenida por honor, es también y acaso más, lucha por la existencia". Y la conclusión ganivetiana es estremecedora, sobre todo después de conocida la solución del conflicto hispano-cubano. "La pérdida de las colonias -afirma Ganivet- sería para España un descenso en su rango como nación, casi todos sus organismos oficiales se verían disminuidos, y, lo que es más sensible, la población disminuiría también a causa de la crisis de algunas provincias. Se puede afirmar que todos los intereses tradicionales y actuales de España salen heridos de la refriega. los únicos intereses que salen incólumnes son los de la España de lo por venir, a los que, al contrario, conviene que la caída no se prolongue más, que no sigamos eternamente en el aire, con la cabeza abajo, sino que toquemos tierra alguna vez".

Por último, en la obra ganivetiana debe anotarse el tema de la unidad hispanoamericana y, más extensamente, de la unidad hispánica. En *Los trabajos de Pío Cid*, éste trata el tema con cierta ironía, pues intentaba quitar de la cabeza al joven diplomático Gandaria la idea de regenerar a España, y ridiculizaba la idea de éste, quien "unía en abrazo fraternal a España con todas las naciones de origen hispánico, y con este núcleo de fuerza se convertía en árbitro, o poco menos, de los destinos del orbe". Sin embargo, casi cien páginas más adelante, el mismo *Pío Cid* cuenta que en un viaje coincidió con dos hispanoamericanos, uno de Guatemala y otro de Honduras, el primero viajante de comercio y el segundo, llamado Fernando Ramírez, estudiante de Medicina en París, quien "venía a dar un vistazo a España antes de volver a su tierra". Entablada conversación -que se regó generosamente con el contenido de una bota de vino tinto que el hondureño llevaba-, "yo troné -relata Pío Cid- contra los hispanoameri-

canos que vienen a estudiar a Europa y no se acuerdan de España". El tema está certeramente señalado por Ganivet en boca de un personaje novelesco, pues en aquellos años —y durante las cuatro décadas siguientes— los hispanoamericanos no incluían a nuestro país en la Europa que visitaban. Contra el ataque de Pío Cid, el hondureño "se defendió como pudo, diciendo que los estudios en España no estaban a la altura que debían estar, y que la vida en París era más libre que la de Madrid, y de paso nos refirió sus proezas en el barrio Latino y el feliz ensayo de vida matrimonial que había realizado con una costurerilla muy graciosa, a juzgar por el retrato que nos enseñó". Y apostilla el personaje ganivetiano: "A pesar de todo, Ramírez demostraba grandes simpatías por España y lamentaba no haber venido a pasar un año al menos en un país en que se hallaba como en su casa".

Ganivet no relató esa anécdota a humo de pajas. Contándola, trató de llamar la atención de España y de Hispanoamérica a un tema tan trascendental como el de la unidad hispánica y la necesidad de informar y educar a la juventud de ambas partes para realizarla, pese a la tendencia africanista que también puede advertirse en nuestro autor. Por eso, escribió: "Nuestro pasado y nuestro presente nos ligan a la América española. al pensar y trabajar, debemos saber que no pensamos ni trabajamos sólo por la Península e islas adyacentes, sino para la gran demarcación en que rigen nuestro espíritu y nuestro idioma. Tan difícil como era sostener nuestra dominación material, tan fácil es —y ahora que el dominio se extinguió en absoluto, más aún— mantener nuestra influencia para no encogernos espiritualmente, que es el encogimiento más angustioso. ¡Qué sabe de América nuestra juventud intelectual? Cuatro nombres retumbantes, comenzando por el retumbantísimo de Otumba. La fecha de la independencia de nuestras colonias, que debió marcar sólo el tránsito de uno a otro género de relaciones, es para nosotros una muralla de la China. No faltan esfuerzos aislados, como los de las órdenes religiosas, los de la Academia de la Lengua, el del Centenario, la publicación de las *Relaciones de Indias* y los estudios críticos de Valera. pero estos trabajos no influyen en la educación de la juventud".

De esas palabras hubiera podido brotar, sin duda, un vasto programa de americanización de España y de hispanización de América. Por misteriosa voluntad de su autor, se lo tragaron las heladas aguas del Neva. Jamás lo lamentaremos bastante.

NOTAS

1. Las citas textuales de *Idearium español* y las demás proceden de los textos publicados en *Obras completas*. Prólogo de Melchor Fernández Almagro. Madrid, Aguilar, 1951.